



TOALLA Y CENSURA

CON las nuevas normas aperturistas, aparte de ver la espalda-relámpago de Analía Gadé, en el cine, vamos a ver muchas más toallas, y colocadas de manera mucho más artística que hasta ahora. Porque lo malo de la censura, como de todo, es la rutina. No tenemos nada contra la censura y comprendemos que el desnudo, en el cine, no es bueno, porque no deja a la gente pensar en las asociaciones, que es lo que importa, pero sí quisiéramos que se renovase el uso de la toalla para la entrada y salida del baño. Porque es que todas se la ponen igual. En las películas de Lazaga, de Masó o de quien sea, nuestras actrices, faltas de imaginación, siempre se ponen la toalla lo mismo. Cómo se nota que no han estado en el living theatre ese, ni en el actor's studio ni nada. Cogen una toalla y como caiga. Y eso no es. De modo que nos parece muy bien el reciente concurso convocado por varias productoras madrileñas, con el patrocinio de la censura, según tenemos oído, para elegir una nueva estrella que sepa ponerse la toalla con alguna variedad. Salió vencedora esta señorita de la foto.

El concurso estuvo muy animado y por razones de espacio no ofrecemos a ustedes un reportaje más amplio, con fotos, de cómo fue la cosa. Hubo, desde la castiza de rompe y rasga que se puso la toalla a lo mantón de Manila, hasta la yogui que se hizo con ella un turbante, sin preocuparse del resto, aunque tenía unos restos muy bien conservados. También hubo la recia dama española que, llena de honestidad y raigambre, se fabricó con la toalla una toca monjil almidonada. (Lástima que le faltase el resto.) Y la que se hizo con la toalla un cruzado mágico, unos leotardos, un polisón, un kleenex o una bufanda. Dado que las concursantes no contaban con otra prenda que la toalla, lo de la bufanda, por ejemplo, fue muy comentado. Así, pues, habrá toallas para todos los gustos en los próximos films-taquilla. El arte de ponerse la toalla es como la papiroflexia o la cocotología, que practicaba Unamuno. Sólo que a Unamuno no le quedaba tan bien la toalla. ■ U.

VIDAS NO EJEMPLARES



EL DUQUE DE ANGULEMA DE AGUINAGA

Nacido del cruce de un desconocido con su señora madre (la del Duque, naturalmente) es causa de la muerte de quienes le dieron el ser: padre, madre y comadrona. No da a sus víctimas cristiana sepultura y se juega sus restos a los dados en el cementerio. Gana los cadáveres de cien herejes ajusticiados la víspera y con el jabón que fabrica con todos ellos, herejes y parientes, comienza a amasar una gran fortuna.

A los quince años seduce en el Museo Británico a la momia de la esposa de Tutankamen con quien huye a la Costa Azul. Del fruto de sus amores nacen cien metros de algodón hidrófilo que vende al vencido ejército egipcio tras su derrota en la guerra de los cien días. Meses después abandona a la pobre momia, se enamora y se casa con otra. Un mes más tarde abandona también a la pobre mula con quien contrajo matrimonio dejándola sumida en una desesperación llena de lágrimas y rebuznos. Nada que toquen sus dedos conserva la pureza. Se dedica, pues, a comerciar con productos alimenticios. Adultera cuanto cae en sus manos. Condenado a muerte huye disfrazado de su propio verdugo a quien engaña el mismo día de su ejecución.

A los noventa años, aunque vivía en la plenitud de sus facultades físicas y mentales, parecía que tenía ciento veinte. Tantas eran las huellas que dejaron en su rostro su vida de vicio y crápula. Murió el año pasado, pero al parecer unos segundos antes de su inhumación consiguió huir al extranjero donde se dedica a la trata de blancas y a la venta de armas fuera de las vías clandestinas toleradas por los gobiernos civilizados.



NO SE OLVIDE USTED LA PROTESIS

LAS amiguitas de los ricos siempre se quejan de lo mismo: que estos desprendidos varones, cuando van a verlas al duplex, suelen olvidarse la prótesis dental en la moqueta, en el frigorífico o debajo de la alfombra.

No se olvide usted la prótesis, querido magnate, en casa de nadie, porque luego las cabecitas locas juegan con su prótesis alemana, que le ha costado tan cara, sin ningún respeto, como esta de la foto. ¿Por qué todos los peces gordos, magnates de algo, creadores de riqueza y señores de Bilbao tienden a olvidarse freudianamente la prótesis en casa de las cabecitas locas, las boquitas pintadas y los corazones solitarios? Es la mala costumbre de quitarse la prótesis nada más llegar, como se quitan los zapatos o la corbata. "Si no te importa, voy a ponerme cómodo, cariño", dicen. Y claro que no les importa, a ellas, pues hay señoritas que están ya muy acostumbradas a verle la prótesis a todo el mundo, y saben que lo primero que hace un caballo blanco, nada más llegar a casa de una mujer sola es quitarse algo.

La que está curtida en prótesis sabe de qué va, conoce ya marcas y precios, y por la calidad de la dentadura postiza de su hombre le sitúa económicamente, con un margen mínimo de error, en la España del desarrollo. La que no guste de jugar como si nada con la prótesis de un gerente menopáusico, que se vaya a un convento para no ser madre de pecadores. Hubo un millonario que dejó caer su prótesis en la copa de champán y se ofreció a casarse con la cabecita loca que se bebiera el champán, que ni siquiera era Delapierre.

Llega usted a su santo hogar sin la prótesis y la casta esposa se lo nota, porque ya se sabe que todos los matrimonios van a la cama con un vaso de agua cada uno para su dentadura postiza. Salvo los matrimonios modelo que utilizan un mismo vaso.

LORD

